



TORERO ANTIGUO.—(*Dibujo de Porset*)



Luis Mazzantini
29 Mayo 1884
Apoderado: D. Federico
Minguez,
Lagasca, 5, Madrid



Rafael Guerra (Guerrita)
27 Septiembre 1887
Capuchinos, 10, Córdoba.



Julio Aparici (Fabrilo)
30 Mayo 1889
Apoderado: D. Manuel
García, Pascual y Genis, 3,
Valencia



Antonio Moreno (Largartijillo), 12 Mayo 1890
Apoderado: D. Enrique
Ibarra Ciarán, Esperanza,
3, Madrid.



Francisco Bonal (Bonarillo), 27 Agosto 1891
Apoderado: D. Federico
Escobar
Miguel del Cid, Sevilla



José Rodríguez (Pepete)
3 Septiembre 1891
Apoderado: D. Francisco
Fernández,
Cruz, 25, 2.º, Madrid.



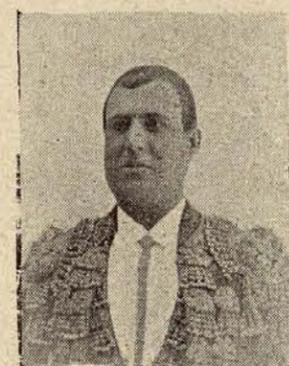
Antonio Reverte Jiménez
16 Septiembre 1891
Iniesta, 33, Sevilla.



Antonio Fuentes
17 de Septiembre de 1893
Apod: D. Andrés Vargas
Montera, 19, 3.º, Madrid.



Emilio Torres (Bombita)
21 Junio 1894
Apoderado: D. Pedro
Niembro,
Gorguera, 14, Madrid.



Miguel Báez (Litri)
28 Octubre 1894
Apod: D. Vicente Ros,
Buenavista, 44, Madrid.



José García (Algabeño)
22 Septiembre 1895
Apoderado: D. Francisco
Mata,
San Eloy, 5, Sevilla.



Nicanor Villa (Villita)
29 Septiembre 1895
Apoderado: D. Eduardo
Yáñez,
Espoz y Mina, 5, Madrid.



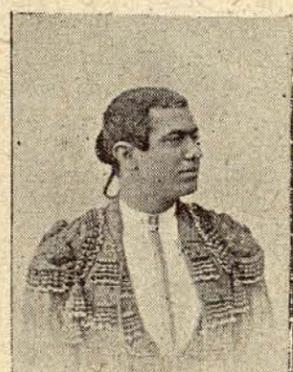
Joaquín Hernández
(Parrao), 1.º Nov. 1896
Apoderado: D. Fernando
Medina Moreno,
Capuchinas, 5, Sevilla.



Cayetano Leal (Pepe-Hillo)
15 Agosto 1887
Apoderado: D. Angel
López, Puerta del Sol
estanco, Madrid.



Domingo del Campo (Dominguín), 17 Dic. 1893
A su nombre
Amparo. 94. Madrid



Bartolomé Jiménez
(Murcia), 18 Marzo 1894
Apoderado: D. Eduardo
Montesinos,
calle de Churruca, 11.



Angel García Padilla
22 Agosto 1895
Apoderado: D. Pedro
Ibáñez Mayenco,
Olivar, 52, 2.º, Madrid.



Antonio Guerrero (Guerrito), 10 Nov. 1895
Apoderado: D. Leopoldo
Vázquez,
Minas, 5, 3.º, Madrid.



Carlos Guasch (Finito)
Septiembre 1896
A su nombre: Valencia
Apod.: D. Adolfo Sánchez
Linares



D. Mariano Ledesma
Rejoneador español
D. Andrés Borrego, 11,
Madrid.

PAN Y TOROS



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: Un trimestre, 2 pesetas.
 Provincias: Trimestre, 2,50; semestre, 5;
 año, 10.
 Extranjero: Trimestre 4; semestre 7; año 12.

Número suelto, 10 céntimos.
 Número atrasado, 25 céntimos.
 Anuncios á precios convencionales.
 Los pagos se hacen adelantados.

DIRECTOR LITERARIO

D. Leopoldo López de Saá

ADMINISTRADOR

D. CARLOS GIRÓN
 Chinchilla, núm. 7, bajo

DIRECTOR ARTÍSTICO

D. Francisco Navarrete Sierra

Cuanto tiene de aventurero el carácter de nuestra raza, estuvo sintetizado en este famoso lidiador, cuya fama en el mundo taurómico fué tan limpia, que el lograrla le costó ese duro Calvario que Dios señala á sus preferidos: la esperanza nunca decaída y la fe sin desalientos.

Ardua empresa sería relatar detalle por detalle la existencia agitada del señor Manuel, y nosotros no podemos acometerla. Nos falta espacio, y hemos de condensar nuestro pensamiento en dos columnas.

La vida de los sufrimientos es muy larga.

Pero la historia de esa vida debe ser breve.

Para que la pueda soportar la indiferencia de los demás, á quienes sólo la curiosidad ó el deseo de comparación entre la vida propia y la ajena hace tener la paciencia necesaria para seguir paso á paso las narraciones de las vicisitudes de un hombre.

En el histórico y morisco pueblo de Gelves nació Manuel Domínguez, allá por el año de 1816, encontrándose á los pocos de su edad libre y en disposición de ejercer la profesión que más le conviniera. Era humilde su origen, pero altísimos sus ideales; y teniendo como principio fijo el valor, esa virtud que en lo moral hace al filósofo y en lo material al guerrero, sentó plaza de lidiador; medio de lucha que tenía á su alcance para hacer brillar las energías de su alma.

En la famosa escuela taurómica de Sevilla, donde en 1828 y 1830 habian descollado atletas tan poderosos como Francisco Montes (*Paquiro*) y Francisco Arjona Herrera (*Cúchares*), Domínguez no logró al principio hacerse admirar; pero como la voluntad forma parte del genio,

á fuerza de estudiarse á sí mismo y de estudiar á los que habian sido glorias y á los que eran esperanzas del arte, Domínguez logró captarse por fin la admiración de cuantos entendían de burlar reses, y logró las frases más lisonjeras del señor Pedro Romero, quien aseguró que aquel muchacho no tenía desperdicio; frase que tal vez por paradoja extraña vino á constituir un mote que significaba precisamente lo contrario de lo que quiso significar.

Fué banderillero de Juan León, y riñó con el célebre discípulo de *Curro Guillén* quizá por un motivo fútil que, ayudado por los distintos derroteros que tomaron los dos, les había de separar para siempre.

Juan León prosiguió su carrera de triunfos.

Manuel Domínguez zarpó un día de Cádiz, y se perdió para los españoles entre las brumas de un horizonte desconocido.



MANUEL DOMINGUEZ Y CAMPOS

Esto acaeció en el año de 1836. Ya se iba dando á conocer en Montevideo, cuando la guerra civil promovida en aquella región le hizo abandonar el estoque y tomar las armas del combate, en defensa del presidente Orive según se cree, y según nosotros en defensa legítima contra el hambre.

El sol de la victoria lució para él un solo día en América. Aquel en que se coronó por Emperador del Brasil D. Pedro II, el mismo que hace algunos años murió en su destierro de Portugal. Domínguez se captó aquel día la admiración como torero, y como estoqueador sobre todo.

Después, hasta volver á España, fué todo lo que puede ser un hombre valiente que no quiere morir en la miseria lejos de su patria.

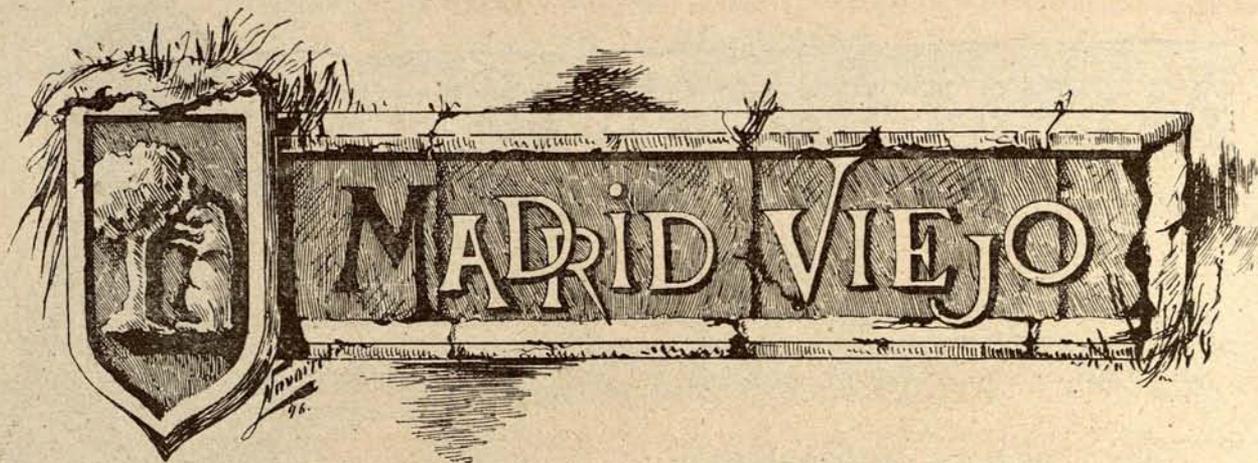
Cuando abordó de nuevo á ella, sus cofrades de toreo, *Cúchares* entre ellos, le aplicaron aquello de que

al prójimo en la guerra
 se da contra una esquina.

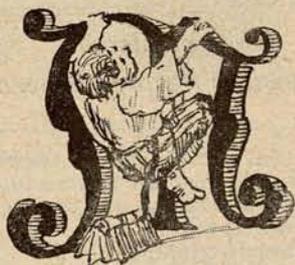
Domínguez en España, antes y después, se vió aislado. Su voluntad de hierro venció la adversidad, y consiguió que su nombre figurara en lugar imperecedero en la historia del arte.

No fué habilidoso en todas las suertes; pero ejecutó con soberana maestría la de recibir; su muleta caía á pico plegada junto al hocico del toro; su alta estatura se erguía á dos pasos, sus piés conservaban la inmovilidad de los de una escultura, citaba, y al entrar el bruto dejaba inmóvil al maestro, rozando su costillar derecho, y caía como herido del rayo.

L. DE S.



UNA CORRIDA EXTRAORDINARIA



IRE vuestra reverencia, padre prior, que estoy muy atosigado, y ya no encuentro en la cabeza que Dios nuestro Señor se ha servido poner sobre la humildad de mis hombros, medio alguno para fortalecer la fe de ese motilón, dispuesto á todo menos á entrar en los latines que el señor Alcalde de casa y corte y vuestra reverencia se empeñan en que estudie. Apto es para disparar una piedra contra un ministril que se halle al paso, ó para aplicar un revés á cualquier otro chico, incitar á la vaca de leche, paciente si las hay, ó para voltear con la campana, ensuciarse los pies en la sangre de los caballos de la plaza de toros, ó plaza que da frente á nuestro sacratísimo convento; pero de tales cosas á Santo

hacer de toro él mismo en la Tomás hay mucho, y por los cánones no entra si le empalan.

—Tenga paciencia el hermano, que esas son cosas de la edad...

—¿Y no le parece á vuestra reverencia que dejemos el latín para cuando pasen esas cosas? Yo trasudo y me pongo temblón de pie y mano cuando me encierro con él, y me empeño en que trasiegue cualquier parralillo de los Santos Padres, que dicho sea sin agravio ni asomo de censura, suelen ser largos y confusos como la eternidad. Y si esto sólo fuera; ¡pero eche vuesa merced paciencia en el saco de la conformidad, y olvide que ha sido granadero del Rey D. Carlos, y déle y machaque para que el chicuelo se esté con los dedos en la nariz, ó silba que te silba, ó haciendo chacotas á mi vientre ó cometiendo algún acto sacrilego! Porque ha de saber vuesa reverencia que hasta llegamos á coger el volumen que trata de la vida de San Cleofás, lo ponemos de canto sobre la mesilla, requerimos el palo de cerrar la ventana, y matamos al Santo de una estocada á volapié como el Sr. Costillares...

—Pues diga, hermano—replicó con asombro el prior—si en esas cosas se entretiene vuesa merced, ¿qué ha de aprender el mozalbete? ¿Conque vuesa merced le ayuda?; ¿conque vuesa merced anda empeñado en esas quisicosas mundanas?; ¿conque vuesa merced se dedica á lidiador de vidas de Santos?

—Mire...

—Ejemplo abominable que, á no estar considerado como dicho de vuesa merced á mí bajo secreto de confesión, motivaría un exoneramiento en regla.

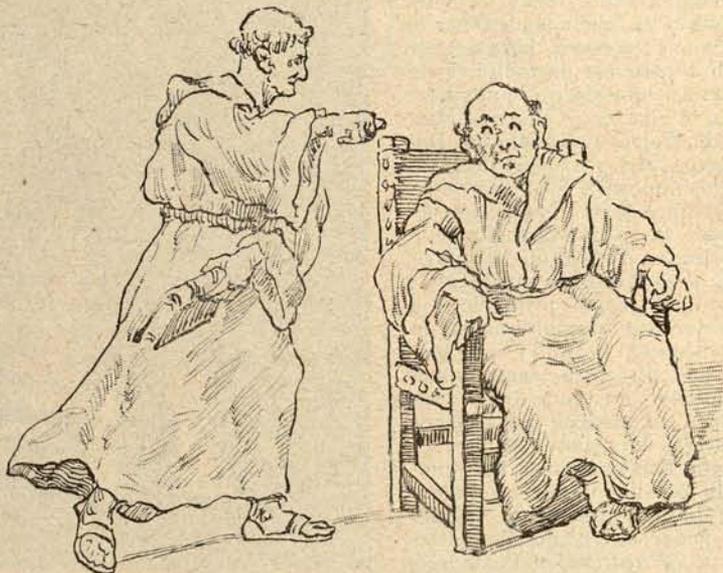
—Es que...

—Piense más vuesa merced en el débil retoño encomendado á su saber, y en que desde hoy mi vigilancia será extrema.

—¡Voto á bríos!

—¿Cómo? ¡tal lenguaje!

—Ha sido el granadero el que juró; máteme, padre; condéneme á disciplinazos perpetuos; amontone, lance, busque injurias para castigar mi soberbia; pero déjeme hablar, que repodrida el alma tengo y la voy á dar á Dios si no le hago entender que el que á todas esas quisicosas se dedica es el motilón que no sé cómo ha venido á ser jaqueca del cerebro, tósigo del corazón, cicuta para la sangre y laberinto del espíritu; ¿qué deli-

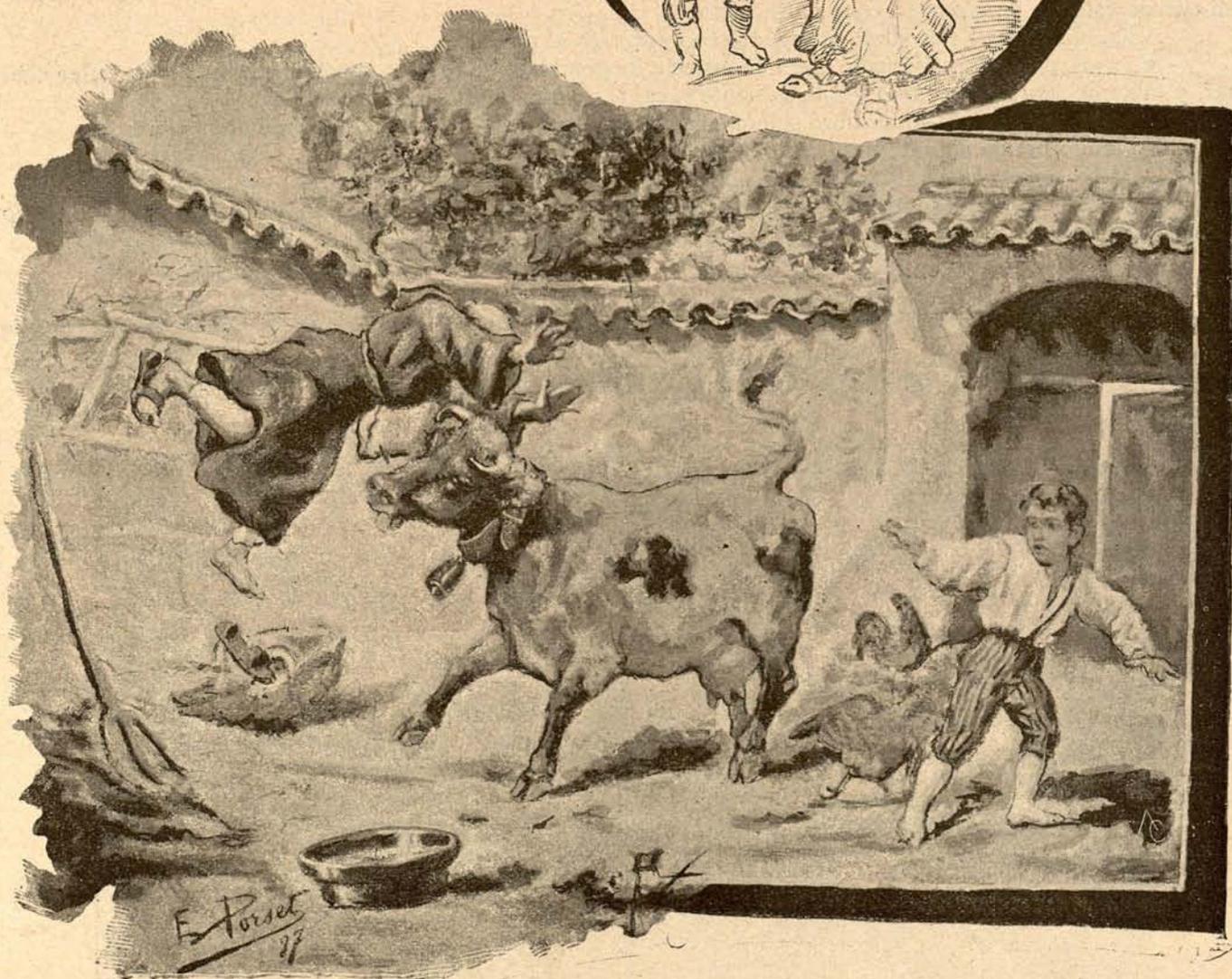


tos cometí, reverendo padre, para practicar la obra de misericordia de desasnar al que que no sabe, si antes necesito desasnarme yo?; ¿qué pena ha de purgar esa paciente vaca, mansa como el Cordero de Dios, para que el monigote la incite?; pues si nada hicimos, librenos de esa condenación eterna, y déle el motilón á otro para que el chocolate se le acede, y déjeme á mí comer en paz la alfalfa divina.

—No;—replicó el prior con tono solemne—todo pecado tiene su castigo, y yo doy al de vuestra impaciencia el de enseñar á ese muchacho las prácticas divinas y las exaltaciones religiosas. Todo ser tiene su Calvario: sea éste el vuestro, hermano, y que os ayude Dios Nuestro Señor.

Y volviéndose con pausado ademán, la cabeza inclinada y las manos juntas, en actitud orante, alejóse el reverendo prior de la Orden del señor San Francisco, dejando al otro padre entregado al mismísimo Lucifer.

Pasaba esto á la mitad de uno de esos días de Agosto en que el sol de la canícula arroja sobre Madrid sus rayos de fuego, requemando las calles y brillando entre verdaderas nubes de polvo. Por las altas claraboyas practicadas en las bóvedas de los claustros, penetraba la luz á raudales, yendo á pintar sobre las anchas baldosas del piso los vivos tonos de los cristales de colores, mientras por el otro lado la ancha ventana abierta hacia el campo, dejaba ver la sombra cortada con dureza hasta la vega del Manzanares, y allá á lo lejos los árboles del soto, largos é inmóviles, sin una ondulación en sus ramas, y aún más allá, el desamparado horizonte de Madrid brillando con claridad metálica hacia la parte de Carabanchel, y ostentando muy hacia la derecha aquellas perspectivas de los famosos cuadros de Velázquez, moradas en los montes cercanos, y de azul pálido en las lejanías de la sierra.



El padre Bernabé, que tal era el que se daba á tanto enojo contra el motilón, hallábase, como se ha dicho, en el centro de un claustro del histórico monasterio de San Francisco, hidrópico de coraje por la repasata del prior y por los impulsos del propio encono. Mientras la larga figura de la reverencia fué andando á largo andar por el ancho pasillo, el padre Bernabé estúvose quieto como en éxtasis; pero apenas miró por el

rabillo del ojo, y se vió aislado con Dios y su conciencia, empezó á mesarse los pelos del cerquillo, á ponerse colorado por el cogote, y á tentar la badana á todos los sitios con el largo y nudoso cordón del hábito.

Quiso la mala suerte que apareciera el motilón en aquel instante, destacando en el vivo rayo de sol que penetraba por la puerta, la figura desperjeñana de un pillete de buena laya; iba sin casaquilla ni sombrero, á medio cinchar los calzones, un tirante cruzado sobre el pecho á modo de tahalí, y el otro desfilachado y perdiendo de la cintura hasta más allá de la corva. Bajo la remangada nariz brillaban dos velas, que no eran ciertamente latinas, y el fino color de su cutis se ocultaba bajo una espesa capa de mugre, que si no aumentaba de un día para otro, al menos era adquirida de una vez, pero con tal prontitud, que no parecía sino que el chico andaba de revuelcos por los cercanos muladares.

Verle el Padre Bernabé, prenderle por una de las orejas rojas y brillantes como la grana, arrastrarle á través de los claustros lo mismo que la zorra á una garza sucia, y llevarle al corral donde se hallaba la paciente vaca lechera, todo fué uno. Cerró el clérigo contra el muchacho á guantazo limpio, moviendo de pura fuerza los anchos lomos que apenas podía contener la estameña del traje talar. Lloró y gritó el granujilla inobediente. Inflóse la cara del fraile, y al fin quedaron molidos víctima y verdugo. Este de espaldas, y aquél hecho un garabato y con la boca en frunce: pero pronto se secaron sus lágrimas, y una idea singular asaltó su cerebro; registró la faltriquera de sus calzones, sacó un fósforo de los de ruido, fuése quedo á la vaca, raspó el cartón contra una guija, y colóselo en un oído al animal.

Saltó mujiendo la res, asustada y colérica, y *haciendo* por el bulto más abultado y más de cerca que veía, que era el del fraile, le enganchó por las posaderas, lanzólo al aire, lo volvió á recoger con más furia en cada derrote; y ora azotaban el aire las inconmensurables sandalias del clérigo, ya brillaban al sol sus calzoncillos de bayeta, ya pasaba de un lado á otro su cara abotijada, en que se retrataba á un tiempo el miedo y la ira.

Estallaron las risotadas del chico, que escapó en cuanto vió al fraile cogido, no sin gritarle al salir, que le hiciera el quite Santo Tomás. Salieron los franciscanos, quedándose absortos y no sabiendo qué hacer sino empezar á mascullar rezos, y detrás de todos apareció el prior, que rezaba en voz alta y más deprisa que ninguno.

Quedó por fin el padre Bernabé panza arriba. Fuese la vaca; llegaron los reverendos hasta el cogido creyéndole muerto, lo zarandearon, y vieron que estaba desnudo y que todas las partes blandas y duras de su cuerpo estaban en contacto con la atmósfera.

—¿Vive el hermano Bernabé?—preguntó con sorpresa el prior.

—Sí...—contestó fray Bernabé con una especie de gemido;—pero deje vuestra reverencia los pater noster, y máteme á *su débil retoño* y á la paciente vaca, si no quiere que yo mate á todos.

—El terror le extravía—murmuró solemnemente el prior—lévenle á su celda y examínenle.

—No tengo herida alguna, sino todos los huesos rotos.

—Dura ha sido la lección para vuestra soberbia, le gritó su superior al oído.

—Dura ha sido, muy dura; pero sepa vuestra reverencia que no es lo peor lo dura que ha sido, sino lo que ha durado...

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

Tienta de becerros de la ganadería de D. Esteban Hernández



ENCHIQUERANDO BECERROS

El toro de gracia

A mi querido amigo el poeta Manuel Soriano, del cual es el asunto de este cuento, que yo escribo con permiso suyo.

PUES señor, que la gente, entusiasmada, pidió otro toro, y que accediendo el presidente á la petición agitó el pañuelo, y cuando ya los capitalistas iban á arrojarle al redondel creyendo que no se concedía la gracia, sonó el clarín, abrióse la puerta del chiquero y apareció en la arena un retinto de preciosa lámina, de cornamenta monumental, corretón y de libras.

Salió el bicho del toril como una flecha, y en medio de la plaza quedó parado mirando con curiosidad á todas partes. Se movieron á respetuosa distancia varios capotes (porque el toro imponía respeto), y el animal quería acudir á todos sin saber por cuál decidirse; un peón más animoso que los demás, llegó cerca de la cara del bicho y largó su metro y medio de percalina; arrancó el toro, siguió tras él, y apuradillo anduvo el hombre para ganar las tablas. El retinto corneó la barrera, haciendo añicos varios tablones, y como cerca se moviese un caballo, fijóse en él, fuese derecho, y metiéndole un asta por el vientre, levantólo en alto con picador y todo, sin fijarse en que el piquero le metía un palmo de garrocha en el morrillo; sacudióse de la pobre acémila que cayó con las tripas rotas para no levantarse más, á pesar del aporreo de los monos, que dándole varazos tiraban de la lámina sin conseguir que el animal levantase otra cosa que la cabeza; y siguiendo un capote fué el toro hasta el otro extremo de la plaza, tan á los alcances del peón, que se quedó con el percal entre los cuernos, dando apenas tiempo al que lo llevaba para saltar al callejón. Vino hacia el toro, que se entretenía con el capote, otro piquero, y así que el cornúpeto se apercebíó, dejando la tela por la más provocativa presa que se le ofrecía, tiróse con coraje al caballo, dejándole seco de una cornada en el corazón, y haciendo caer al jinete contra las tablas desde una altura colosal, porque el bichito levantaba caballo y caballero como si fueran blandas plumas. Otra capa llevósele luego; pero viendo otro caballo en el camino, dejó la capa y se fué al caballo; de una cornada fueron por los aires cabalgadura y picador, y entró el cuarto, que andaba cerca; lo mismo, con la diferencia de que, no viéndolo caer al primer envite, arremetió de nuevo hasta que el animal rodó hecho un ovillo. Había tomado gusto á las tripas el tal toro.

El público comenzó á pedir más caballos, y otros dos salieron á la arena, en la cual quedaron tendidos á poco tiempo.

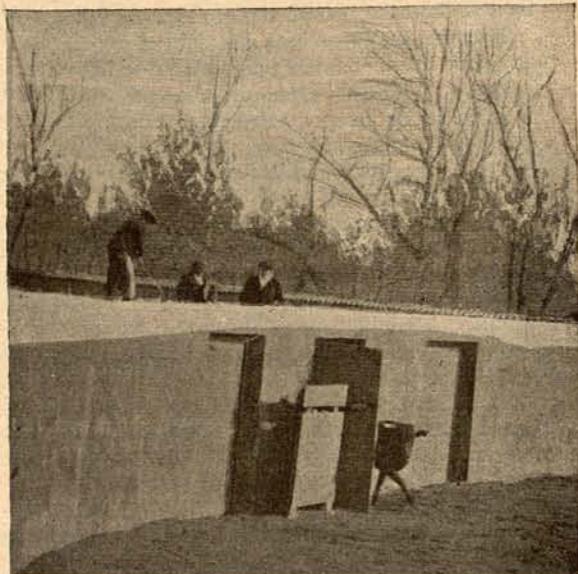
—¡Caballos... caballos!—oíase gritar por todas partes.

Salió otra parejita.

¡Qué capotes!... El animal no quería tela, quería carne; despachó al séptimo en un segundo, y al octavo hizole caer con jinete y todo dentro del callejón.

¡Buen toro de gracia!

A todo esto, el animalito llevaba la cabeza en las nubes; y entre caballo y caballo corría como un loco tras del peón que tenía cerca, que ya eran pocos, por-



Becerro saliendo del chiquero

que la pujanza del bicho había sembrado un poco de pánico entre los toreros.

Cuando no quedó en el ruedo caballo vivo, el animal se dió á correr tras los peones, y en un instante se encontró la plaza en desierto. ¡Cualquiera se aventuraba á echar el trapo! Solamente los matadores hicieron alguna que otra suerte lucida.

Salieron otros dos caballos, y cuando apenas vistos por el toro, andaba ya uno con las tripas arrastra y otro con un agujero en el pecho por el que le salía la sangre á borbotones; una voz desde los tendidos, dominando el clamoreo general de loco entusiasmo que producía en los espectadores la bravura de aquel toro, pidió que se le perdonara la vida en gracia á sus prodigiosas facultades.

La voz se impuso, la petición clemente fué un hecho, y con algún disgusto de la plebe que hubiera querido ver cómo moría aquella fiera, aparecieron los mansos en el ruedo, y tras de mucho bregar en busca del toro, que no quería irse, dieron con él en los corrales, con gran contento del ganadero, que veía en el bicho una excelente adquisición para su vacada.

Ello fué que el retinto regresó á la ganadería, y que aquel entusiasta que pidió que se le perdonase a vida, gran amigo del ganadero, fué una vez á la dehesa, mucho tiempo después de la corrida mencionada.

—¿Te acuerdas de aquel toro que mató diez caballos?

—¿El torito de gracia que se libró por bravo de la muerte?

—El mismo... y ¿sabes tú quién le salvó la vida?

—No; pero al que fuera se lo agradezco, porque el tal toro es un padre excelente para la vacada.

—Pues fuí yo el que pidió desde un tendido que no se le matara; hubiera sido un cargo de conciencia que un animal tan bravo, tan excelente, fuera á morir sin dejar larga descendencia que acreditase la bravura de su casta. Si los toros tuvieran sentimientos humanos, á mí sólo habría de agradecer ese la vida que dis-

fruta, y de la que, ignorando la suerte que le aguardaba aquella tarde, estará tan gozoso.

Fueron los dos amigos á la dehesa donde el ganado pacía tranquilamente al cuidado de los vaqueros.

Era un día de sol espléndido, de cielo azul, sin nubes. Diseminados por el monte que en su inmensa extensión parecía no tener límites, los toros y los bueyes aquí y allá, tumbados unos, en pie los otros, ofrecían un agradable aspecto.

El ganadero y el amigo, los dos caballeros en hermosos corceles, con la manta de colores sobre el arzón, con su sombrero ancho, su zamarra corta con coderas, su faja, su pantalón de talle cubierto de la cintura á la rodilla por el de cuero, estuvieron contemplando la dehesa, hasta que al primero se le ocurrió decir:

—Vamos por acá; verá usted qué perspectiva ofrece el monte desde esos carrascos. Se ve el río, y á lo lejos las casas de Sevilla con su Giralda y los minaretes de sus torres.

Avanzaron.

—¿Y el toro de marras?—preguntó el amigo al ganadero.

—Por ahí andará...

—Me alegraría verlo.

—Pues vamos por aquí; tal vez lo encontremos.

—Pero ¿no hay peligro?

—No tenga usted cuidado; en el monte los toros no hacen nada.

—¡Pero cuando son tan bravos como aquél!

—Por muy bravos que sean...

Mientras así hablaban habíanse acercado á las reses.

—¡Ahí le tiene usted!—dijo el ganadero, señalando un hermoso toro que en primer término del grupo se veía muy plantado y muy serio, como si estuviera en la plaza.

No se le conocían al animal ni señales de los puyazos que recibiera aquella tarde célebre de su vida. El pelo nuevo, fuerte y lustroso cubría su cuerpo, que había engordado considerablemente sin perder la gallardía de la forma.

Al notar que se acercaba gente, el toro volvió la cabeza y se quedó mirando á los que llegaban. Como el ganadero viera en su amigo intención de retroceder, dijo con cierta sorna:

—Pero, hombre, no se eche usted atrás, que no hace nada.

—Estaría gracioso que me embistiera á mí que le salvé la vida.

—Hágaselo usted entender, porque puede que no lo sepa: como había tanta gente en la plaza, es fácil que no le reconozca, á no ser por el timbre de voz.

—Parece que me mira con cierta expresión de gratitud.

—Es posible, porque los toros suelen ser muy agradecidos.

No había terminado el ganadero de decir estas palabras, cuando el torito se arrancó hacia el amigo con tanta furia, que por pronto que picó espuelas al caballo y salió de naja, ya estaba el bicho encima, cortándole el terreno.

No tardó en alcanzarlo, y embistiendo á la cabalgadura hizo caer al jinete, que despavorido se puso en pie y echó á correr como alma que lleva el diablo hacia una encina próxima.

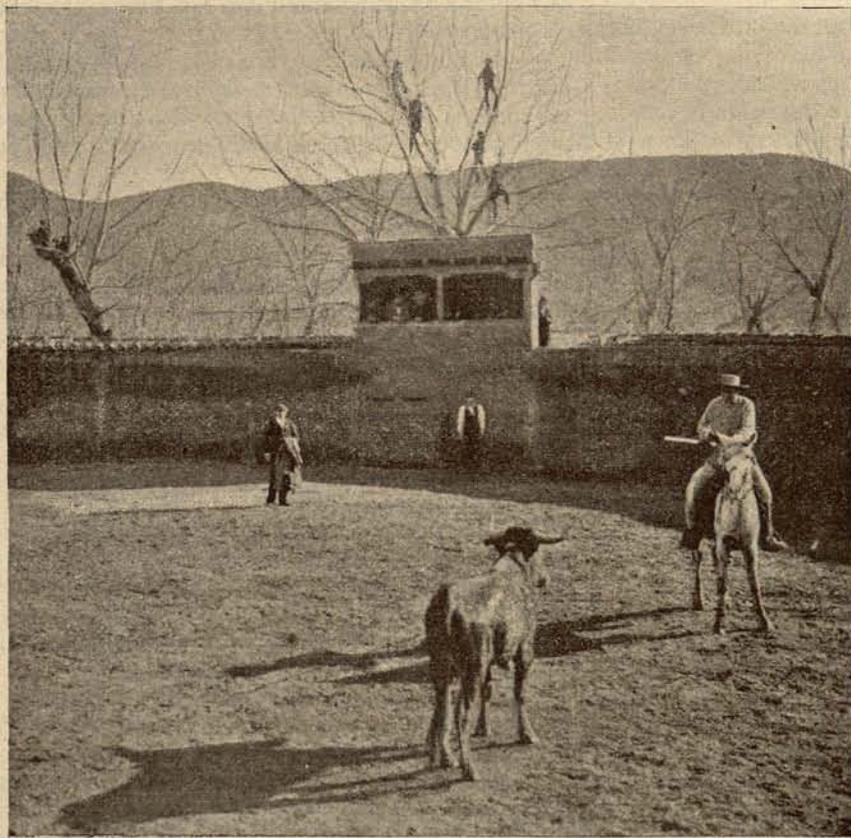
Pero antes de que hubiera tenido tiempo de encaramarse, el toro, que sin duda era á él á quien buscaba, contento con haber herido al caballo, lo abandonó sin ensañarse, y se arrancó de nuevo hacia el jinete, alcanzándole en el momento en que gateaba por el tronco, y allá fué por los aires, y recojido, y vuelto á lanzar...

Una piedra que un vaquero lanzó con su honda, dió en un cuerno al toro, que aturdido sacudió la cabeza; en tanto otros vaqueros llegaron á aquel sitio, y á fuerza de acoso se llevaron al animal.

El ganadero acudió en socorro de su amigo, á quien daba por muerto.

Levantáronle y condujéronle á la casa, donde después de un minucioso reconocimiento vieron que por fortuna no había sufrido más que ligeras erosiones.

Curado del susto más que de las heridas, excl-



El tentador en suerte

mó nuestro hombre con la mejor buena fe del mundo:

—¡Camará... no me lo esperaba! Cualquiera iba á pensar que había de portarse tan malamente con quien le ha salvado la vida... Si lo sé, ya pido yo que no le maten... ¡Haga V. buenas obras para eso!...

Y la verdad es que si no se tratara de un toro, la moraleja que de esto se desprende es altamente in-moral.

Por más que bien pudiera ser lo que le dijo el ganadero á su amigo:

—Pero hombre, si yo creo que iba con la intención de darle á V. las gracias...

E. CONTRERAS Y CAMARGO

ORIENTAL

Me perdiste, Leila bella,
y perdí mis esperanzas,
que desdenes de mujeres
ni se olvidan ni se acaban
¿Por qué traidora mentías?
¿Por qué amores me jurabas,
si otro tenía tu amor
y yo sólo tus palabras?
¿Por qué entre las celosías
los negros ojos mostrabas,
y decías con los ojos
lo que no sentía el alma?
¿Por qué copiaban tus lazos
los colores de mis bandas,
siendo mi color el verde,
por ser tu amor mi esperanza?
¡Ay! no volveré á pisar
el suelo de mi Granada,
ni alancearé en su Coso,
ni me ostentaré en sus zambras,
ni veré tus miradores,
ni á la hora en que el sol desmaya
y la Torre de la Vela
sobre el Poniente desta a,
escucharás mis suspiros,
ó gozarás con mis lágrimas.

.....
Así decía un Gazul,
y por tomar la venganza,
quemó los rizos de Leila
en un búcaro de nácar,
y el h. mo azul hizo el cielo
de la celestial Granada.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÍ.



Plegue á Dios que al fin se descorra el denso crespón de nubes que había convertido á la capital española en una especie de establecimiento dinamarcués, y quiera el azar que saltando el viento de un punto á otro de la rosa, barra las brumas y nos despeje el firmamento, que debe ser eternamente azul, como le quería Lamartine.

El sol de Castilla, aquel que no se ponía nunca en los dominios españoles, se ha ocultado tímidamente durante una quincena, y el cielo ha llorado de continuo sobre el desgarrado suelo de la patria, cubierto de cicatrices y de heridas.

El pabellón nacional que se ostenta en los días de corrida sobre el asta-bandera del coso, yace plegado en el arcón del conserje, esperando días mejores en que tremolar orgullosamente, ó en que ondular hacia el interior de la plaza, llenando de pavor el ánimo de los aficionados astrónomos, indicándoles que el viento viene de Toledo, y que por consecuencia puede darse el caso de una suspensión sin dere-

cho á reclamación de ninguna clase, la eterna amenaza de los abonados.

En el barómetro de la fiesta nacional hay tendencia de corrida próxima.

Parece que Niembro se decide, y nuevo Eolo, va á soplar desde la calle de la Gorguera todas las nubes más ó menos grises que se ciernen en la atmósfera, para que *Dominguín* y *Finito* luzcan sus respectivas habilidades con toros de Veragua.

Digo *Dominguín* y *Finito*, porque no sé quién está *por delante*, ó cuál está *por cima* del otro; pero puedo rectificar si hay viceversa, diciendo *Finito* y *Dominguín*.

De alternativas no se dice nada, ni siquiera que la tomará el Buñuelero, y eso que es el diestro más antiguo de Madrid.

Pero podemos vivir de la esperanza, como Santa Teresa, ó pensar con Souvestre en lo que será el año 3000 respecto á la cuestión de toros.

¿Vivirá Bartolo todavía en la referida fecha? ¿Le durará la prórroga? ¿A quién se podrá contratar? ¿Cuánto exigirán los diestros por corrida? ¿Habrá todavía un director de lidia vitalicio para la plaza de Madrid? ¿Se arrastrará á los caballos y á los toros por medio de un motor eléctrico, ó seguirán ejerciendo de remolcadores las pacientes mulas que hasta ahora han desempeñado tan modesto empleo?

¿Todo cabe en lo posible!

Pero no tratemos de descubrir las tinieblas de lo futuro, y concretémosnos al hoy desesperante y terrorífico; es decir, terrorífico en parte, porque para ahuyentar nuestras desgracias y servirnos de Bitter con Seltz, ó de aperitivo hasta que lleguen los *toros formales*, nos depara el hado una serie de novilladas de las mejores, según aseguran nuestros más conspicuos cronistas.

Moji-gangas no habrá, al menos que se sepa, ni embolados muertos con chispa fulminante, cosa que se suele echar muy de menos cuando *cae* un matador que da quince ó veinte estocadas á un toro sin hacerle doblar, parodiando lo que dice *El Nene*, de que Dios no quiere que siempre se pinche en lo alto. ¿Dónde fueron aquellas parodias, especie de sainetes taurinos, que se titulaban *El doctor y el enfermo*, *La toma de Tetuán* ó *La Molinera y los tres novios burlados* y *la Caça de los conejos y de las palomas*, en que desempeñaban los principales papeles *Antoñeja* y el *Maca*, con todo el distinguido coro de un sólo sexo, que se supiera, y dispuestos á dejarse romper las costillas por dos reales de vellón cuando más?

¿Dónde aquellas bonitas y variadas funciones de fuegos de artificio que, confeccionadas por un *conocido pirotécnico de esta corte*, destacaban sus ruedas de bengalas y sus castillos de fuego y sus fantásticas combinaciones sobre el fondo de la plaza invadida ya por las tinieblas, y lanzaban al espacio sus cartillas furiosas y sus cohetes de suspiro y demás productos del ingenio humano aplicado á la clase de polvoristas?

Hoy ya no existe nada de aquello. ¡Lo bueno se va *Teótimo!*; se van las galas y queda el esqueleto; avanza la vejez á paso de avestruz, que dicen que es el más rápido de los animales, y nos encontramos con que aquellas inocentadas, que eran deleite de nuestros juveniles ojos, hoy sólo pueden pasar por cosas despreciables é indignas de un pueblo tan serio y tan bien educado.

Hoy, cuando no hay toros, hay novillos; pero en toda regla.

Si es invierno y la nieve cae, nos embozamos en nuestra capita ó en la solapa de nuestro sobretodo, ó agitando las alas del manferland, como golondrinas que nos arrastráramos por el suelo buscando un abrigo, caminamos carretera de Aragón adelante.

De vez en cuando se oye rodar un carricoche junto á nosotros, ó pasa un picador á caballo con el mono sabio detrás, para que le eche vaho en el cogote confortándole un poco; se ve á un aficionado andar como un fantasma, temiendo que el ruido de sus pasos agite las capas atmosféricas y caiga más nieve y se suspenda la corrida invernal, y entre el derruido paredón y sobre el césped seco por las heladas como una figura de aquelarre, aparece alguna castañera con su hornillejo que da menos humo que la pipa de un musulmán.

Ya en el circo, que tiene aspecto de panteón, surgen los diestros con el cutis azulado de puro frío; sale un toro que más que toro parece un felpudo, por los pelos que ostenta, y otro luego, y otro después, y no estalla un aplauso, y se acaba la fiesta y sale el público cuando la luz de los faroles hace como que brilla tras de los cristales oscurecidos por la humedad.

¡Ah! que pase pronto el invierno; que brille el sol puro; que vuelvan las golondrinas; que sacuda el mundo su inercia; que Bartolo y Jimeno tomen su piel de verano, y que los telegrafistas se cansen de escribir en papel azul estas breves frases que, á través de los hilos, llevan la tranquilidad á las familias de los matadores:

Sin novedad.

EL MOZO DE LA FUENTECILLA

DICHOS Y HECHOS

Hallándose un ciego en una calle muy solitaria de Sevilla, hizo el acaso que pasara por allí Juan Pastor y le diera una limosna del modo extrambótico que tenía por costumbre.

Llegóse al pobre muy quedo, sacó del bolsillo una pistola y la disparó junto á su oído.

Es inútil decir el sobresalto de aquel hombre.

Quiso echar á correr como pudiera, pero el torero le detuvo.

—Tome usted, alma é Dios, pal susto, le dijo poniéndole una onza de oro en la mano y alejándose sin decir más.

No era el ciego hombre de dejar esta broma pesada sin contestación, y averiguando quién era el loco que hacía así sus dádivas, se apostó en una de las calles por donde había de pasar, pero esta vez acompañado de un lazarillo.

—Allí viene—dijo éste de pronto.

En efecto, Juan Pastor avanzaba tan jacarandoso, cubierto por su larga capa, y abstraído en sus pensamientos.

De pronto el ciego enarboló el garrote y le atizó un tremendo palo.

Juan Pastor quiso lanzarse sobre él.

—Alto allá, señor Juan, le gritó el mendigo, que soy el mismo á quien dió usted la onza el otro día, y no quería morirme sin darle asté las gracias.

Durante la Exposición de París de 1890, no constituía una rareza encontrar, para alegría de los españoles, algún torero, pues era cuando estaba allí en su auge la fiesta española, y cuando la plaza de la Rue Pergolesse se veía realmente asediada por lo mejor y lo peor de la sociedad parisiense, ansiosa de presenciar las faenas de *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Cierto día que cruzábamos junto al Arco del Triunfo, vimos á un conocidísimo y celebrado picador, pasando y repasando junto al monumento y gesticulando y hablando para sí.

Ibamos á llamarle, cuando le vimos dirigirse con rapidez hacia un *sargent de ville*.

—Oiga usted, le dijo con precipitación; entre las batallas que dice ahí que ganó su rey Napoleón, está la de Bailén, y eso es un infundio, y no paso por ello, porque yo sé que los vaqueros le echaron de allí á puyazos.

—*Parlez plus doucement*, contestó el guardia, *je ne vous comprend pas*.

—Bueno, respondió el picador; usted dirá lo que quiera que pa eso le pagan, pero pa mí que ese tío se iba de boquibiris.

—Pedro Romero, decía un aficionado de Ronda, estoqueaba á las reses vaciándolas con la peina de su moña.

—Ezo no vale ná, le respondió otro de Jerez; mi paizano *Chicorro* las vaciaba con el negro é la uña y entoavía le paresía mucho el engaño.

—Oye, Curro—le preguntaba á *Cúchares* en cierta ocasión el picador *Charpa*,—¿sobre cuánto pesará una onsa de oro?

—Sobre el peso unos diez y seis duros; pero sobre tu bolsillo doce apenas, descontando la mona que sueles llevar.



Ha llegado á esta corte de paso para Almagro el valiente matador de novillos Cayetano Corujo, bastante mejorado de las lesiones que le produjo un toro en la plaza de Agen (Francia).

Dicho diestro tiene ajustadas gran número de corridas para la temporada próxima en distintas plazas de la veena República.

—Hemos recibido el último cuaderno doble de la *Tauromaquia de Guerrita*, que con tanto éxito publica la casa editorial de D. Mariano Núñez Samper.

—El 30 del próximo Mayo, festividad de San Fernando se celebrará en Aranjuez una corrida de toros, estando encargados de estoquearlos los diestros Guerrita y Fuentes. El ganado se dice pertenecerá á las vacadas de Muruve ó Saltillo.

—La Exema. Diputación provincial, en sesión celebrada el día 13 del corriente, acordó desestimar la instancia del actual arrendatario de nuestro circo taurino, solicitando, en mancomún con D. Bartolomé Muñoz, la prórroga por cuatro años del contrato que tiene celebrado con la Corporación.

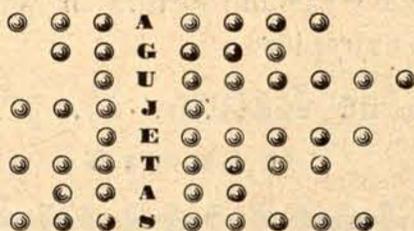
En virtud de este acuerdo, la nueva subasta se celebrará en el próximo mes de Mayo.

—La empresa de Santander ha contratado al diestro Antonio Reverte para las corridas que se han de celebrar en aquella plaza los días 25 y 26 de Julio y 1.º de Agosto del corriente año.

DISTRACCIONES

CONCIERTO DE PUNTOS

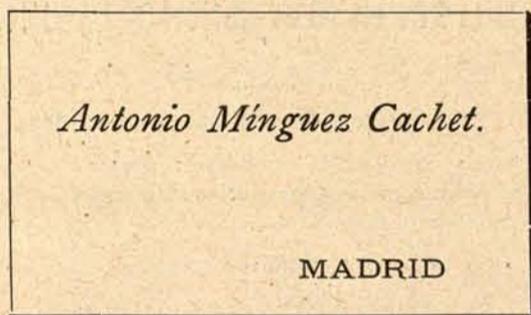
(Remitida por Fray Puyazo)



Una vez cambiados los puntos por letras, leer en cada línea el nombre de un picador de toros.

TARJETA ANAGRAMA

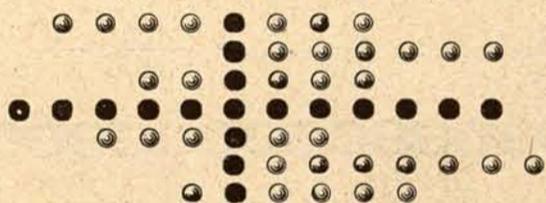
(Remitida por D. Joaquín Foruny)



Combinar las precedentes letras de manera que resulte el nombre de un matador de toros contemporáneo.

ACRÓSTICO

(Remitido por D. A. Baltá)



Sustituir los puntos negros verticales por letras que den el nombre de un matador de toros, los horizontales también por letras que den el nombre de una ganadería, y los puntos claros, leídos horizontalmente, nombres de matadores célebres.

CHARADA

(Remitida por D. Bartolomé A. Puerto)

Una cuarta de un embiste me rompió una una dos tres, el dos dos estuvo al quite, y todo acabó después.

(Las soluciones en el próximo número).

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

A la ordenación taurina:

GUERRERITO
MURCIA
VALENCIANO
C. ISASI
ROLO
PADILLA

A la tarjeta anagrama: MAZZANTINI.

A la combinación de puntos:

M O N T E S
C O S T I L L A R E S
P E P E T E
L E S A C A
E S P A R T E R O
T A T O
B O C A N E G R A
R O M E R O

C H I C L A N E R O

A las charadas: 1.ª COSTILLARES.—2.ª REDONDO.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C.—Madrid.—El epigrama es muy fuerte, y las alusiones políticas están pasadas de moda; no obstante, como escribe usted bien, si remite otro trabajito más adecuado se le dará á usted gusto publicándolo.

J. Puigventós.—Barcelona.—Gracias por la felicitación. Se publicará lo que mandó cuando le llegue el turno.

Secante.—Madrid.—Lo mismo digo.

Cataplín.—Valladolid.—Se han recibido y se publicarán Muchas gracias. Son ustedes extremadamente fecundos.

Fray Puyazos.—Valladolid.—Como me ha sido usted simpático desde un principio, debo decirle con franqueza que el epigrama es más verde que las aguas del Es-gueva al anochecer. Mande otro atenuado. Lo demás muy bonito, é irá publicándose.

M. Clavo.—Es de lo mejor en su género; pero tiene usted que esperar, porque el tal género abunda mucho.

Fray Pinchazos.—A los epigramas de usted, al último sobre todo, los conocíamos mucho de vista. No sea usted guasón.

M. Latorre.—Madrid.—Ya se ha dado á la imprenta para el próximo número. Me entero de lo demás.

Moratinito.—Jerez.—Lo leeré con cuidado; aún no he tenido tiempo de hacerlo.

Un admirador del Jerezano.—Se publicará.

E. A. C.—Coruña.—Idem id. Me gusta la idea sobre lo de la ganadería. Hágalo cuando quiera.

Galleos.—Málaga.—Se irá insertando todo, y eso que hay mucho de muchos.

J. G. Elipé.—Se le contestará cuando se lea.

Pinto, impresor, Flor Baia, 11



Literarios: D. José Sánchez de Neira.—D. Luis Carmena y Millán.—D. Eduardo de Palacio.—D. Angel Rodriguez Chaves.—D. José Estrañá.—D. Roberto del Palacio.—D. José de Laserna.—D. Juan Pérez Zúñiga.—D. Federico Mínguez.—D. Mariano del Todo y Herrero.—Don Manuel Serrano García-Vao.—D. Enrique Contreras y Camargo.—D. Félix Méndez.—D. Manuel Soriano.—D. Luis Gabaldón.—D. José Vázquez.—D. Alfredo F. Feijóo.—D. Antonio Lozano.—D. José Gil y Campos.—D. José Dolz de la Rosa.—D. Manuel Reinante Hidalgo.—D. Francisco López Breme.—D. Carlos Olmedo.—D. Nicolás de Leyva.—D. Manuel del Río y García.—D. Dionisio Lasheras.—D. Emilio Boli.—D. Luis Sánchez Aláez.—D. José Balbiani.—D. Carlos Crouxelles.—D. Jorge Vinaixa.—D. Joaquín E. Romero.—D. Fiacro Irayzoz.

Artísticos: D. Miguel Hernández Nájera.—D. Ignacio Ugarte.—D. Luis Bertodano.—D. Julián Tordesillas.—D. Rafael Latorre.—D. José Abarzuza.—D. Emilio Porset.—D. Eulogio Varela.—D. Carlos Arregui.—D. José Solís.—D. Fernando Adelantado.

Fotográficos: D. José Irigoyen.—D. Julio Prieto.—D. Mariano Rodero.

FOTOGRAFADO

CINCOGRAFÍA

CROMOTIPIA, ETC.

Ilustración de obras, catálogos, periódicos, etc.

A. CIARAN

QUINTANA, NÚM. 34, HOTEL

JOSÉ BARRATE

SASTRE

Casa especial para la confección de toda clase de prendas á la medida.

Grande y variado surtido en géneros del reino y extranjero.

Plaza de Matute, 11, principal

MADRID

Casa de baño

Coches á las estaciones

HOTEL PILAR

(ANTES HOTEL NAVARRA)

A CARGO DE MANUEL ALMIRÓN

ALCALÁ, 17, TRIPLICADO

(con vistas á la Puerta del Sol).—Madrid

Economía y confort en todos los servicios, mobiliario lujoso, asistencia esmeradísima. Casa recomendable por la exquisita amabilidad del personal.

Intérprete

Coches de lujo

Camisería de Santo Domingo

G. ALONSO

Especialidad en camisas á la medida

Se hacen con vistas de hilo desde 5 pesetas.

Se arreglan camisas á los precios siguientes:

Poner cuello, vistas hilo.....	1	peseta.
puños, " " " " " " " " " " " "	1	
cuello, pecho y puños, vistas hilo	3,25	

SE REMITEN PEDIDOS Á PROVINCIAS

18, Plaza de Santo Domingo, 18

(junto á la ferretería)

PAN Y TOROS

SUSCRIPCIÓN

Madrid: Un trimestre 2 pesetas
 Provincias: Trimestre 2,50; semestre 5; año 10.
 Extranjero y Ultramar: Trimestre 4; semestre 7; año 12.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

SE PUBLICA TODOS LOS LUNES

Á PRIMERA HORA DE LA MAÑANA

PRECIOS

Número suelto: 10 céntimos.
 Número atrasado: 25.
 Anuncios á precios convencionales.
 Los pagos adelantados.

OFICINAS

CAI LE DE CHINCHILLA, NÚMERO 7, BAJO

DE CUATRO A SIETE DE LA TARDE

Esta Revista, dedicada en absoluto á nuestra fiesta nacional, además de artículos literarios, ilustrados, de autorizadas firmas, publicará los retratos de los más renombrados diestros, tanto antiguos como modernos, criadores de reses bravas, historial de sus respectivas vacadas, hierros y colores de sus respectivas divisas, vistas de las principales plazas de España, suertes é incidentes de la lidia, operaciones de campo, cuadros de costumbres taurinas, reseña de las principales corridas que se celebren en provincias, y cuantas noticias sean de verdadero interés para los aficionados y diestros en general.

Dada la forma encuadernable de esta publicación, puede formarse en final de cada año un hermoso volumen de esmerada impresion y excelente papel, viniendo á constituir, al par que un libro de agradable lectura, un arsenal completo de cuanto pueda interesar á los aficionados á la fiesta genuinamente española.